

# LA SANGRE LLAMA

64. G. Peck, A. Quinn, O. Sharif. Suspenso, thriller.



## Síntesis

Diez años después de la guerra civil española un famoso bandido pretende cruzar la frontera y regresar de incógnito a España, para ver a su madre que se encuentra agonizando en un hospital, sin saber que su viejo enemigo, el capitán Vinola, le ha preparado una emboscada para saldar antiguas cuentas.

## ANÁLISIS

*por Hugo Cuccarese*

**E**sta historia gira en torno a un famoso bandido llamado Manuel Artiguez (protagonizado por Gregory Peck) que ha actuado en la guerra civil española y veinte años después decide regresar de incógnito a España, tras descubrir que su anciana madre agoniza en un hospital. Hay un chico, hijo de un camarada suyo, asesinado por su antiguo rival, el capitán Vinola (Anthony Quinn), que con insólita adulez va a buscar a Artiguez a su casa para pedirle que vengue la muerte de su padre, su viejo amigo y camarada.

El chico le indica a Artiguez –quien sabe que es intensamente buscado en España– cómo llegar al hospital sin ser descubierto por los agentes de Vinola (pues su padre ha estado internado allí). El pequeño se pasa el día jugando a la pelota con los chicos del vecindario, pero amparando día a día la ilusión de que Artiguez vengue la muerte de su padre, matando al capitán Vinola.

También hay un amigo que lo traiciona, incitándolo a que vaya a ver a su madre cuando en realidad ella ya no vive, pero después es descubierto gracias al chico. Y un cura (interpretado por Omar Sharif) que va a ver a su madre en su lecho de

muerte y, al quedar sensiblemente tocado por la injusta charada que le espera al retirado Artiguez, se allega especialmente hasta su casa para avisarle que no vaya a verla porque ya ha muerto, y el guardia civil Vinola, lo espera con ansias para matarlo.

Hay una escena que es clave para dilucidar la oscura trama emocional en el que se halla inmerso el protagonista de esta historia. Y es cuando se sientan todos a la mesa y Artiguez parte una longaniza y una hogaza de pan, las pone en dos platos y le ofrece uno al cura. Entonces el tosco y temperamental Artiguez le da un mordisco a la longaniza, y con la boca llena, le increpa:

—¿Por qué no le ayuda ahora su Dios?

El cura baja la cabeza y responde fríamente:

—Tal vez lo está haciendo.

Entonces el rudo y veterano bandido le arrebató sorpresivamente la comida del plato y, colmado de ira, le replica a su vez:

—¡Yo soy el que lo estoy alimentando ahora!

El cura lo mira estupefacto y se queda boquiabierto pensando unos instantes. Luego, con un movimiento leve y displicente, rechaza desganado el plato de comida como si aquel gesto desdeñoso hablara por sí mismo y fuera su respuesta.

El sacerdote sabe que se encuentra librado completamente a la voluntad del famoso bandido que se muestra, ahora ante él, implacable y poderoso, sin importarle un bledo la investidura eclesiástica, ni siquiera el hecho de que ha ido especialmente hasta su casa con la única intención de ayudarlo. Artiguez, por su parte, tiene la certeza de que el cura no tiene las agallas suficientes para reconocer que su Dios “lo ha abandonado” en aquel mismo momento, dejándolo a merced de un custodio violento e irreverente como él. El bandido cree que la actitud dócil y sumisa del sacerdote es ahora la de aquel que ha aceptado en silencio la derrota de quedar bajo el poder de un nuevo amo —que no es quedar amparado en las manos de Dios-, sino quedar bajo la garra del que se cree que es Dios.

Artiguez profesa el mismo ateísmo y la misma posición insurrecta que su agonizante madre. (Recordemos que cuando el cura va a darle la extremaunción en el hospital, ella lo mira desconfiada y le dice: “¿Va a bendecir también los rifles del pelotón de fusilamiento?”).

El malviviente sabe que tiene al cura atrapado en uno de sus puños. Y convencido de su enorme poder sobre la toga y el rosario, se envanece ante él como un Satán cruel y malicioso, y con la arrogancia de un ángel abatido le cuestiona descaradamente la existencia de su Dios. La respuesta no se hace esperar, y desde el otro lado de la mesa llega un lánguido aliento que confirma la sospecha cartesiana del engreído rufián: el sacerdote *duda*.

Y es cierto; el cura ha perdido la fe en su Dios. Y lo que es peor aún, ha perdido también la confianza en sí mismo. Ahora su única certeza es la falta de certeza sobre si su amado Dios está ayudándolo o no en ese difícil momento de su vida. Pareciera estar doblegado por una incomprensible y poderosa fascinación, despertada por la arrolladora personalidad que ejerce sobre él el reputado bandido. Pero, claro, no tiene el valor suficiente para reconocer que él, el gran hombre de fe, ha sido “abandonado” por su amoroso Dios. No todavía. Aunque se encuentre inmóvil, agotado, sangrante o dolorido, como colgado de una cruz frente a ese malvado déspota a quien ha venido a salvar, personalmente (a salvarlo de la muerte), no tiene aún la fuerza espiritual que necesita para reconocer que el Dios que lo ha abandonado.. ¿se encuentra ahora mismo frente a él!

El confundido sacerdote, daría su vida por creer que no es su Dios el Demonio burlón y traicionero que ruge ante sus ojos; pero no está muy convencido de ello, y calla. Por eso, cuando el rufián le pregunta por qué no le ayuda ahora su Dios, el cura le responde -casi susurrando y con un hilo de aliento-:

-“*Tal vez lo está haciendo*”.

Semejante respuesta no puede convertirse mas que en el pie de diálogo que precisaba el malvado Artiguez para encumbrarse ante él como una nueva y omnipotente deidad. Pero una deidad falsa que sólo vive perversamente para cuestionar al Dios bueno y verdadero. Por eso el bandido se encumbra ante la mesa furioso y desafiante, para decirle bien cerca de la cara -y muy sutilmente- lo que no le dirá con las palabras: “Yo soy el amo que te alimenta y tú el pichón que come de mi mano. Si ahora vives es sólo gracias a mí. Sacerdote: olvida ese dios frió, débil y displicente que profesas y que ignora las plegarias de los fieles cuando más las necesitan. ¡Abandónalo ahora mismo! Únete a mí y escucha sólo mi voz”.

Es claro el mensaje de Artiguez en las blasfemas palabras que, por supuesto, no dice y dice, y por una sola razón: no necesita decirlas. El cura no es sordo, y sabe que algo de verdad hay en lo que el hombre de mala vida no dice con palabras, pues recibe aquella arrebatada increpación como una bofetada a su endeble fe. Entonces despierta, casi avergonzado. Y sintiéndose herido en lo mas profundo de su convicción religiosa, sólo atina a apartar en silencio y no muy convencido la tentación de Satán, rechazando el seductor alimento muy tímidamente y con leve gesto, servido ante su humana debilidad como en una irónica bandeja de plata.

Por otro lado, ya casi al final y como cierre de la historia, Artiguez se asoma por el balcón y arroja a una calle de tierra y en declive la pelota nueva que le había comprado al chico que tanto lo ayudó. Durante un rato la cámara se queda detenida en la imagen del balón que rueda en picada cuesta abajo. Artiguez se queda mirando lánguidamente como se pierde en el camino la pelota de fútbol, creando en el espectador una clara ilusión de pensamiento: es como si el protagonista estuviera contemplando cómo rodará la sombra de su incierto destino, pues, del mismo modo, saldrá él ahora a buscar en el declive de esas mismas calles el ocaso de su

convulsionada vida. Pues así fue como transcurrió siempre su rebelde vida de bandido: rodando de un lado a otro.

Luego empaca sus cosas y sale rápidamente de su casa decidido a cruzar la frontera que lo separa de su anciana madre, para encontrarse por última vez con el capitán Vinola (el guardia civil que lo esperaba para matarlo). Ahora sabe que su madre murió y que se trata de una emboscada. Pero de todos modos se va de su casa y desciende por ese escarpado sendero a paso de peregrino, y lo hace como siguiendo las invisibles y caprichosas huellas que ha dejado en el camino, al azar, la immaculada esfera de cuero.